

La proyección universal del Gran Caribe

Por Carlos VÉJAR PÉREZ-RUBIO*

1. La utopía

“LIBRO ÁUREO, no menos saludable que festivo, de la mejor de las repúblicas y de la nueva isla de Utopía”, reza el epígrafe de la célebre obra de Tomás Moro publicada en 1516.¹ Al igual que muchos otros pensadores europeos de la época como Erasmo de Rotterdam y Luis Vives, quien fuera canciller de Inglaterra en el reinado de Enrique VIII había quedado seducido por los misterios que deparaba el recién descubierto Nuevo Mundo, cuya puerta de entrada era precisamente el Caribe insular. Los sueños milenarios del hombre finalmente aparecían concretados por intrépidos navegantes al servicio de la Corona española. Entre las fuentes que Moro consultó destacan *De Orbe Novo* (1511) de Pedro Mártir y, reunidas en el *Quattuor Americi Vespuccij navigationes* por el cosmógrafo alemán Martin Waldseemüller en 1507, las cartas de Amerigo Vespucci que circulaban en los ámbitos culturales y políticos de Europa a partir de dicha publicación.² Cabe señalar que en ese tiempo la literatura sobre viajes era extremadamente popular en un Viejo Mundo que después de la prolongada penumbra de la etapa medieval emergía a la luz con el Renacimiento. El nuevo continente no había despertado gran interés entre los europeos que todavía tenían la mirada puesta en el Oriente descubierto gracias

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México y director general de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*; e-mail: <56357924@prodigy.net.mx>.

¹ Tomás Moro, *Utopía* (1516), Porrúa, México, 1981.

² Fernando Ainsa, *De la edad de oro a El Dorado: génesis del discurso utópico americano*, México, FCE, 1992. Luego de las mediciones astronómicas que había realizado en el Cabo de la Vela en su viaje de 1499, Vespucci escribe en 1503 la carta *Mundus novus* en la que dice: “Aquellos nuevos países... los cuales Nuevo Mundo es lícito llamar”. La traducción al latín de este documento junto con un gran mapamundi y un pequeño globo terráqueo que daban el nombre de *América* al recién descubierto continente, en honor de quien había sido el primero en afirmar que se trataba de un mundo nuevo fue incluida en Martin Waldseemüller, *Cosmographiae introductio*, Saint-Dié, 1507. Véase también Alfonso Reyes, “El presagio de América” (1942), en *Antología de Alfonso Reyes*, José Luis Martínez, pról. y sel., México, Costa-Amic, 1965, p. 59.

al genial invento de Gutenberg, en las obras de Marco Polo, Juan de Mandeville y otros viajeros notables de la Edad Media. El caso de Tomás Moro sería una interesante excepción porque la primera edición española de su libro se publicó hasta 1637 en Córdoba.³

Aunque en estricto sentido la idea de globalización y el sincretismo que propicia su puesta en práctica se encuentran presentes en la vocación de dominio de todos los grandes imperios de la Antigüedad (Roma es un buen ejemplo de ello, pero también el imperio inca o el azteca, en nuestro continente), su versión moderna se origina en la sociedad europea que surge pujante del Renacimiento en el siglo xv, ávida de mercados e insumos para una economía capitalista que terminaba de construir sus cimientos sobre las ruinas del modo de producción feudal. Sus naves, aún pequeñas y endebles, buscaban afanosamente las rutas oceánicas que les permitieran romper los estrechos límites de la geografía, la historia y el pensamiento, y lanzarse al más allá, al encuentro de esos ricos territorios que aparecían ya delineados en los mapas de los cartógrafos renacentistas y en las narraciones fantásticas de los viajeros y los sabios de la Antigüedad.⁴ La cuarta península de Asia, las islas de las especias, era la nueva tierra prometida a la que debería accederse por otra ruta, ya que el camino conocido del Mediterráneo oriental se encontraba bloqueado por el Islam desde hacía algunas décadas, cuando Constantinopla había caído en manos de los turcos poniendo fin al imperio Bizantino, heredero del Imperio Romano de Oriente.⁵

El encuentro físico de los europeos con el *Mundus Novus* de Amerigo Vespucci es producto de esta trascendental empresa de la

³ En realidad, las publicaciones sobre las tierras descubiertas más allá del Atlántico fueron relativamente escasas. Incluso la literatura y las artes en la España del siglo xvi reflejaban pálidamente los acontecimientos del Nuevo Mundo, lo que respondía también el deseo de la Corona española de mantener cierta discreción respecto de sus flamantes posesiones de ultramar, previendo la ambición expansionista de las potencias rivales de la época, cf. Lewis Hanke, *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, México, SEP/SETENTAS, 1974, p. 21.

⁴ Gustavo Vargas Martínez, *América en un mapa de 1489*, México, Taller Abierto SCL, 1996.

⁵ La toma de Constantinopla por los turcos en 1453 había elevado considerablemente los precios de las especias producidas en las zonas tropicales asiáticas, al entorpecer el paso de las caravanas que las traían de Oriente por esa vía. El comercio de estos productos —indispensables no sólo para las mesas de la sociedad sino para el mantenimiento de los ejércitos, al ser, junto con la sal, conservadores de la carne— era un monopolio de los venecianos y genoveses que distribuían la mercancía en los mercados europeos, cf. Frank Moya Pons, *Historia del Caribe*, Santo Domingo, Ferilibro, 2008, p. 19.

ambición del espíritu humano, que, en otras circunstancias, habría acontecido probablemente siglos más tarde y quizás en sentido inverso, como lo sugiere Platón:

Nuestros libros nos refieren cómo destruyó Atenas una formidable escuadra, que procedente del Océano Atlántico invadía insolentemente los mares de Europa y Asia conquistando territorios. Porque entonces se podía atravesar aquel océano; en efecto, frente al estrecho que vosotros en vuestro lenguaje denomináis las columnas de Hércules existía una isla.⁶

El sueño europeo de América aparece en la tradición de la Atlántida que, tomada de los sacerdotes egipcios, recoge Platón en sus diálogos. Aristóteles se refiere también a una gran isla en el Atlántico, la Antilia o isla adelantada (de ahí las Antillas). Y Séneca, por su parte, actuará de profeta al decir “dentro de algunos siglos abrirá el Océano sus barreras. Un vasto continente será descubierto, un mundo nuevo aparecerá del otro lado de los mares y Tule no será el límite del universo, *nec sit terris ultima Thule*”, palabras que Colón transcribirá de su puño y letra.⁷

Si bien hincan sus raíces en la historia más remota, esa idea emergente de vincular comercial y culturalmente el globo terráqueo en un proceso constante de acumulación, de crecimiento económico y de desarrollo lineal ascendente —la idea de *progreso*— es parte esencial del proyecto expansionista de la Modernidad que, bajo un principio de ruptura, asimilación y cambio continuo, se ha extendido hasta nuestros días adoptando matices y nombres diferentes de acuerdo con la época: colonialismo, neocolonialismo, imperialismo, globalización, mundialización... Y el Caribe será el punto de partida.

Con una superficie aproximada de 4 millones 300 mil km², y una extensión de 2 mil 500 km de longitud norte-sur y de 3 mil 500 km este-oeste, la región Circuncaribe se ubica entre los 97 y 59 grados de longitud oeste, y los 30 grados de latitud norte y 7 grados de latitud sur. El Golfo de México es el punto más occidental y la isla de Barbados el más oriental; el punto más septentrional son las costas de la Louisiana y el más meridional el Golfo de Darién. Al noreste limita con la península de la Florida, las grandes Anti-

⁶ Platón, *Timeo*, 24e.

⁷ Citado por Afrânio Peixoto, *Pequeña historia de las Américas*, México, Botas, 1946, pp. 13, 26. Tule era Islandia, en el mar del Norte, el territorio más remoto que por entonces se conocía.

llas y las Bahamas; al sur, con las riberas de Venezuela, Colombia y Panamá; al oeste, con los litorales de Centroamérica y México; y al este, con las pequeñas Antillas. En este espacio marítimo, al que también suele nombrársele Golfo-Caribe, se despliegan las islas del arco antillano que va desde Cuba y las Bahamas hasta las costas de Venezuela. Más de cincuenta islas conforman las Antillas, distribuidas en tres grandes grupos: las Bahamas; las grandes Antillas (Cuba, Jamaica, La Española y Puerto Rico); y las pequeñas Antillas, que se extienden desde las Islas Vírgenes hasta Aruba. La parte oriental de esta cadena insular se conoce como Islas de Barlovento (de las Islas Vírgenes a Trinidad), mientras que las más próximas a la costa sudamericana (de Margarita a Aruba) son conocidas como Islas de Sotavento, denominaciones asociadas a las características climáticas generadas por los vientos alisios que soplan en la zona. La superficie de la cadena isleña comprende un total de 233 872 km².

Con el paso del tiempo, el ámbito caribeño se amplió para comprender otras áreas geográficas que, sin pertenecer estrictamente a la cuenca de los huracanes, se vincularon histórica, étnica, comercial, cultural o ambientalmente a ella, como las Guayanas, el noreste de Brasil o el sur de Estados Unidos de América, en los que se desarrollaron las plantaciones de tabaco y algodón y floreció durante mucho tiempo la esclavitud africana.⁸ Johanna von Grafenstein Gareis afirma en consecuencia que para estudiar el Caribe “se impone la necesidad de un ir y venir entre lo homogéneo y lo heterogéneo, de estudiar la diversidad dentro de la uniformidad”.⁹ En el presente trabajo proponemos un concepto

⁸ Cuatro son las propuestas para definir el espacio caribeño: Caribe insular o etno-histórico, Caribe geopolítico, Gran Caribe o Cuenca del Caribe, y Caribe cultural o Afro-América Central, cf. Antonio Gaztambide-Géigel, “Identidades internacionales y cooperación regional en el Caribe”, *Revista Mexicana del Caribe* (Universidad de Quintana Roo), año v, núm. 9 (enero-junio de 2000); véase, del mismo autor, “La invención del Caribe a partir de 1898 (las definiciones del Caribe, revisitadas)”, *Tierra Firme* (Caracas), vol. 21, núm. 82 (abril de 2003), pp. 165-186. Otra autora propone también cuatro definiciones: la que comprende las Antillas, además de los enclaves sudamericanos y centroamericanos; la que se refiere a la Cuenca del Caribe, formada por el arco de las Antillas, las costas centroamericanas, las costas de Venezuela y Colombia y el litoral este de Yucatán; la que suma a la Cuenca del Caribe el Golfo de México y su entorno; y la que asume la región como un amplio contexto para estudios comparativos, que va del norte de Brasil al sur de Estados Unidos, cf. Johanna von Grafenstein Gareis, *Nueva España en el Circuncaribe, 1779-1808: revolución, competencia imperial y vínculos intercoloniales*, México, UNAM, 1997, pp. 22, 23, 25.

⁹ Von Grafenstein Gareis, *Nueva España en el Circuncaribe* [n. 8], p. 29.

un tanto más amplio, que desborda las fronteras geopolíticas y se adentra en el campo cultural: el Gran Caribe. El asunto de los migrantes es fundamental en ello. Consideramos que las sociedades caribeñas deben comprender también a aquéllas que comparten esta identidad aún cuando se asienten en lugares como Miami (que alberga más población nacida en el Caribe que muchas de las islas del archipiélago), Los Ángeles o Nueva York, ciudad en donde habitan cientos de miles de puertorriqueños, dominicanos, haitianos, centroamericanos, mexicanos y migrantes de las West Indies. Tan sólo en estas tres urbes norteamericanas se han gestado innumerables y valiosas manifestaciones de la cultura caribeña, en campos tan variados como la literatura, las artes plásticas, las artes escénicas, el cine y la música.

La importancia geopolítica, económica y cultural que ha tenido el Gran Caribe en los últimos cinco siglos es indudable. Es un hecho que la proyección dominante de Occidente sobre el resto del mundo cobró aquí un definitivo impulso.¹⁰ Germán Arciniegas nos lo recuerda en el primer párrafo de su célebre *Biografía del Caribe*:

Con el Descubrimiento de América la vida toma una nueva dimensión: se pasa de la geometría plana a la geometría del espacio. De 1500 hacia atrás, los hombres se mueven en pequeños solares, están en un corral, navegan en lagos. De 1500 hacia adelante surgen continentes y mares océanos. Es como el paso del tercero al cuarto día, en el primer capítulo del Génesis. Todo este drama se vivió, tanto o más que en ningún otro sitio del planeta, en el mar Caribe. Allí ocurrió el descubrimiento, se inició la conquista, se formó la academia de los aventureros.¹¹

Descubrimiento, encuentro de dos mundos, confrontación de culturas diversas... Francisco López de Gómara, con su idílica

¹⁰ Ese *aquí* señala el lugar de la Utopía, al que el propio Almirante del Mar Océano nombrara con la voz *Caribe*, el turbulento diciembre de 1492. La raíz etimológica de la palabra *Caribe* en tupi-guaraní es *carai*, “señor”, y *be*, “poderoso o fuerte”, lo cual confirma el sentido del proverbial grito de guerra de esta belicosa etnia: *Ana carite rote* (“Sólo nosotros somos gente”); cf. José Juan Arrom, *Estudios de lexicología antillana*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 2000; véase también Silvestre Caballero Pinzón, “El origen de la palabra Caribe”, *Cultura del Caribe (II): memoria del 2º Festival Internacional de Cultura del Caribe*, México, Conaculta, 1989, pp. 476-482.

Cien años más tarde Shakespeare se inspirará también en esta región para crear su último drama, *La tempestad*, en el que desarrolla el conflicto entre “barbarie” y “civilización”, tema recurrente de la identidad cultural caribeña.

¹¹ Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*, Porrúa, México, 1983, p. 11.

e incipiente visión eurocentrista,¹² sostiene en su *Historia de las Indias* que “el mayor hecho después de la creación del mundo, con la excepción de la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de estas partes”,¹³ nuevas para los europeos, es cierto, pero no así para sus habitantes originarios, que tenían ya muchos siglos, milenios, de habitarlas y desarrollar en ellas altas culturas y un particular sentido de la vida. Marx, en cambio, describe con un dejo de ironía los cruentos procesos que caracterizaron la conquista y colonización del llamado Nuevo Mundo y la repercusión que tuvieron en el desarrollo del modo de producción capitalista gestado en el seno de la sociedad feudal europea y llevado por Cristóbal Colón a las islas del Mar Caribe —un rincón de Asia para él—, con el financiamiento de la reina de España y los banqueros de Génova. Aquí palabras de Marx:

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos *factores fundamentales* en el movimiento de la *acumulación originaria*. Tras ellos, pisando sus huellas, viene la guerra comercial de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero.¹⁴

Las palabras de Colón en una carta escrita en 1503 desde Jamaica en su cuarto viaje por el Caribe —cuando según algunos de sus biógrafos se ha convertido ya en un visionario, en un alucinado—¹⁵ son elocuentes: “¡Cosa maravillosa es el oro! Quien tiene oro es dueño y señor de cuanto apetece. Con oro, hasta se hacen entrar las almas en el paraíso”.¹⁶ Citadas por Marx en *El capital*, estas

¹² Consolidado en la Ilustración con el pensamiento de Buffon, Hume, Hegel y otros ilustres sabios europeos, el “eurocentrismo” efectivamente consideraba que los pueblos americanos no tenían historia, eran periféricos, bárbaros, incapaces de construir sociedades civiles autónomas y Estados fuertes y estables. En Nuestra América, tales pensadores tuvieron —tienen hasta la fecha— sus epígonos, como Domingo Faustino Sarmiento en la Argentina del siglo XIX. Tal fenómeno va a ser una constante en la mayoría de los estudios y libros escritos sobre América desde la etapa colonial hasta nuestros días.

¹³ Citado por Silvio Zavala, *Filosofía de la conquista*, México, FCE, 1947, p. 17.

¹⁴ Carlos Marx, *El capital*, México, FCE, 1972, tomo I, p. 638.

¹⁵ Reyes, “El presagio de América” [n. 2], p. 44.

¹⁶ Citada por Marx, *El capital* [n. 14]. Uno de los biógrafos de Colón no sólo repara en esta codiciosa posición del almirante, sino que la extiende a la naturalidad con la que tomó posesión *legal* de Guanahani, una isla en la que habitaban otros hombres quizás desde hacía siglos, véase Jakob Wassermann, *Cristóbal Colón*, México, Losada, 1938, p. 58.

palabras merecen líneas después su crudo comentario: “La sociedad moderna, que ya en sus años de infancia saca a Plutón por los pelos de las entrañas de la tierra, saluda en el áureo Grial la refulgente encarnación de su más genuino principio de vida”.¹⁷ En la economía mercantilista que se gestaba aceleradamente en la sociedad europea, tan necesario como las especies era el oro utilizado como medio de pago. Pero desde mediados del siglo xv el preciado metal escaseaba en el continente y las minas abiertas desde los tiempos romanos estaban cerca de agotarse tras su prolongada explotación. En España el oro escaseaba más todavía, lo que obligaba a los monarcas a contratar empréstitos con los comerciantes y banqueros judíos e italianos para financiar sus empresas.

2. Colonialismo, neocolonialismo y resistencia

TODAS estas aventuras y desventuras iniciadas por los navegantes españoles en el ámbito caribeño y por los portugueses en las costas africanas, globalizaron el mundo de la época y crearon por primera vez un mercado mundial, capaz de absorber parte de la creciente producción europea y dotarla de nuevas materias primas. Precisemos. Las grandes flotas españolas cargadas de metales preciosos extraídos de la Nueva España y el Alto Perú nutrieron por más de tres siglos las arcas de la Corona hispana y, por extensión, las de muchas otras casas reinantes de las metrópolis europeas. Pero también debe ser tomada en consideración la función que en el desarrollo de los imperios de ultramar desempeñó la explotación agroindustrial de las colonias caribeñas. A principios del siglo xviii plantaciones de azúcar y tabaco, por ejemplo, estaban ya firmemente establecidas en el Caribe no hispano y aportaron una cuantiosa cuota a la acumulación de capital, como fue el caso de Haití —Saint Domingue—, que llegó a ser el primer productor mundial de azúcar. La producción de esta colonia, hoy paradójicamente la más pobre y conflictiva de la región, proporcionaba a Francia dividendos similares a los que la América española prodigaba a España. Hacia fines del siglo xviii el floreciente comercio con la metrópoli mantenía constantemente ocupados a setecientos cincuenta buques de la marina mercante francesa, tripulados por ochenta mil marinos.¹⁸

¹⁷ Marx, *El capital* [n. 14], pp. 89-90.

¹⁸ Suzy Castor, “Haití: el significado histórico de la revolución de Saint Domingue”, *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América* (México), núm. 43 (enero-marzo de 2004), pp. 18-22.

De gran trascendencia fueron también otros productos originarios de la tierra americana, como el maíz, el tomate, el cacao (con el que se manufacturará el chocolate), la vainilla, el cacahuete, la papa, la yuca, el frijol y el aguacate, por nombrar sólo algunos. La vida de los pobladores originarios de las Antillas, indígenas taínos, yorubas, arawacos y caribes, fue convertida en un infierno verde al proliferar las plantaciones coloniales, a las que llegaron a inmolarsé más de diez millones de esclavos africanos.

El comercio, fuente de incalculables riquezas, fue la causa de los principales conflictos en la zona desde los mismos albores del siglo xvi. La Corona española, al reservarse para sí el monopolio del comercio europeo con las Indias y convertir en contrabando cualquier intercambio que realizaran con ellas mercaderes de otros países, contribuyó en buena medida a atizar la hoguera. Hay que recordar que en las Leyes de Indias se prohibía expresamente a los extranjeros pasar al Nuevo Mundo; desde 1592, su Título Veintisiete ordenaba que “ningún extranjero, ni otro cualquiera prohibido por estas leyes, pueda tratar, y contratar en las Indias, ni de ella estos reynos, ni otras partes, ni pasar a ellas si no estuviere habilitado con naturaleza y licencia nuestra”.¹⁹

El contrabando, y la codicia que despertaban sus frutos en Estados e individuos, fue una de las razones principales que llevó a los capitanes de las metrópolis rivales de España así como a los corsarios y filibusteros prohijados por ellas —de Francis Drake, John Hawkins y Henry Morgan, al Olonés, Lorencillo y el capitán Teach *Barba Negra*—, a atacar sus navíos y sus recién fundadas villas en el Gran Caribe, como Santo Domingo, La Habana, Veracruz, Cartagena de Indias y San Juan de Puerto Rico. Esta actividad contrabandística, que incluirá también la importación de esclavos africanos, mercancía nada despreciable por sus valores de uso y de cambio, descansará en el dominio de los mares y será base de la prosperidad inglesa, iniciada en el reinado de Isabel I (1558-1603). El emperador Carlos V intentará pronto regularizar ese comercio humano al conceder en 1518 la primera licencia para introducir esclavos africanos en las Indias y establecer poco después el Derecho de Asiento, verdadero monopolio para ese comercio que se adjudicó Portugal en virtud de sus derechos africanos, pero que

¹⁹ Luis Britto García, *Demonios del mar: piratas y corsarios en Venezuela, 1528-1727*, Caracas, Fundación Francisco Herrera Luque, 1998, p. 48.

provocó de inmediato la reacción violenta de las potencias rivales a causa de sus enormes rendimientos económicos.²⁰

No es casual así que las potencias dominantes de la época —Inglaterra, España, Francia, Holanda— se enfrascaran en una enconada rivalidad en la “frontera imperial”, llamada así por Juan Bosch, que las llevó a construir incluso una extensa red de fortificaciones que hasta la fecha causan admiración y, en varios casos, son símbolo de sus ciudades y puertos, como el Morro y La Cabaña de La Habana, el Morro de San Juan, los baluartes y murallas de Cartagena de Indias, La Citadelle de Haití y el Castillo de San Juan de Ulúa de Veracruz.

El Caribe fue convertido en escenario de debates armados de los imperios [...] El constante reordenamiento del tablero político en Europa actuó como variable modificador del orden antillano —integrando o desprendiendo territorio a determinadas metrópolis—, constituyendo así constelaciones de satélites que se fueron moviendo en órbitas variables conforme a las variaciones históricas del capitalismo esclavizador.²¹

Se escribió así una historia que concluye cuando finaliza la Guerra Hispano-Cubano-Estadounidense de 1898, cuando el vencedor de la contienda, Estados Unidos, despoja a España de sus restantes posesiones de ultramar —Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam—, con lo que desplaza definitivamente a las metrópolis europeas y se consolida como la nueva potencia hegemónica del área, para cuya mejor explotación y control propagará la tesis del valor estratégico que la región tiene para su “seguridad nacional”, y actuará en consecuencia.²² En efecto, apenas iniciaba el siglo xx cuando el presidente Theodore Roosevelt, en lo que se llamará después el “Corolario Roosevelt” (1904) de la Doctrina Monroe, apela a una supuesta “misión civilizadora” de Estados Unidos en el hemisferio occiden-

²⁰ Gerardo González de Vega, *Mar brava: historias de corsarios, piratas y negreros españoles*, Barcelona, Ediciones B, 1999, pp. 52-53. En el Tratado de Utrecht (1713), Inglaterra arrancó a los españoles el privilegio para explotar también la trata de negros entre África y la América española, que hasta entonces sólo podía realizar entre África y las Indias Occidentales inglesas. Este comercio servía, a la vez, de pabellón oficial para cubrir el contrabando británico, cf. Marx, *El capital* [n. 14], pp. 645-646.

²¹ Gérard Pierre-Charles, *El Caribe contemporáneo*, Siglo XXI, México, 1987, p. 15.

²² Las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos sobre América Latina y el Caribe se remontan a los primeros años de su nacimiento como país independiente, y tienen una primera concreción en la Doctrina Monroe, proclamada por el presidente James Monroe en 1823, en la que se rechaza toda intervención europea en los asuntos del continente bajo la consigna “América para los americanos”.

tal para justificar su intervención militar cada vez que se presenten incidentes o incapacidades de los gobernantes de los países que lo conforman. Será la llamada política del Big Stick, ampliamente ejercida en estas latitudes durante largo tiempo.²³

Unos años antes, en una carta premonitoria a su amigo mexicano Manuel Mercado, considerada como su “testamento político” y escrita el 18 de mayo de 1895 —día anterior a su caída en Dos Ríos—, José Martí advertía “ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”.²⁴

Pero cayeron. Impuesta en 1901 a la recién creada República de Cuba, la Enmienda Platt otorgaba a Estados Unidos, entre otras concesiones, el derecho de intervención. Fue gestada bajo el patrocinio de William MacKinley, el presidente expansionista que había declarado la guerra a España y mantenía apenas oculta su posición contra la independencia de Cuba. Este personaje, asesinado ese mismo año por un anarquista, era tan conocido servidor de los más poderosos intereses económicos de Estados Unidos que, cuando fue electo, hizo exclamar a los norteamericanos más avezados: “la plutocracia ha llegado al poder”.²⁵ La Enmienda Platt, fórmula jurídica del protectorado que sustituyó al proyecto de anexión, no será abrogada sino hasta 1934, cuando se inicia en Cuba la etapa llamada de la neocolonia. Puerto Rico, por su parte, fue convertido desde el inicio en un protectorado estadounidense que se mantiene vigente hasta la fecha, si bien encubierto con el estatus de Estado Libre Asociado, proclamado a principios de los años cincuenta del pasado siglo.

La dominante presencia del Tío Sam en la región estará marcada por un intervencionismo continuo que en todos los órdenes propició acontecimientos tan importantes como la independencia de Panamá en 1903 —hasta entonces parte integral de Colombia— y la creación, ese mismo año, de la Zona del Canal bajo soberanía estadounidense, paso previo a la inauguración en 1914 del canal

²³ Héctor Pérez Brignoli, *Breve historia de Centroamérica*, México, Alianza, 1986, pp. 128-129.

²⁴ José Martí, *Correspondencia a Manuel Mercado*, La Habana/México, Centro de Estudios Martianos, 2001, p. 273.

²⁵ Óscar Pino Santos, “Centenario de la República: 1902-2002”, *Contracorriente* (La Habana), núm. 19 (enero-febrero de 2002), p. 69.

interoceánico en el Istmo, un sueño que obsesionó a los hombres desde aquel día de 1513 en que Vasco Núñez de Balboa y sus acompañantes contemplaron por primera vez desde esas tierras el Mar del Sur, nombre con el que se designó al que después sería llamado Océano Pacífico. Mencionemos también que las tropas yanquis invadieron Nicaragua (1912-1933), Haití (1915-1934) y República Dominicana (1916-1924) y el puerto mexicano de Veracruz (1914) en el que permanecieron por siete meses. La ocupación militar cederá su lugar a la implantación de dictaduras delirantes como las de Anastasio Somoza, Rafael Leónidas Trujillo y, años más tarde, Fulgencio Batista y François Duvalier (*Papá Doc*), que llegaron a tener un dominio casi total de sus respectivos países, entre otras cosas porque su fuerza radicaba en buena medida en el exterior. No es casual que esa férrea dominación, que llevó incluso a la mediatización temporal de las oligarquías nativas, fuera acompañada del avance económico de Estados Unidos, tanto en el campo del comercio como en el de la agricultura tropical.

En estas primeras décadas del siglo xx florecen en el istmo centroamericano las llamadas repúblicas bananeras, cuyos gobernantes serviles y corruptos ceden lo mejor de su territorio para ser explotado por compañías yanquis como la United Fruit Company, la famosa *Mamita Yunai*, lo que genera constantes conflictos sociales y agitación laboral, además de importantes movimientos migratorios, incluidos los de trabajadores afroamericanos provenientes de Jamaica y algunas otras islas de las llamadas West Indies, quienes se sumarán a los escasos habitantes del mismo origen que poblaban el litoral del Atlántico desde el siglo xvii para reforzar con ello los rasgos culturales caribeños de la zona.

La intromisión neocolonial estadounidense en esos años generará sin embargo importantes resistencias de diversas fuerzas sociales y políticas regionales que se oponen a su proyecto de dominación. La lucha más significativa contra la ocupación militar yanqui será la de César Augusto Sandino y sus aliados nativos desde las montañas de Nicaragua (1926-1933), que habría de despertar una amplia solidaridad a lo largo de América Latina y el Caribe.

Es una realidad que la política imperial de Estados Unidos hacia Nuestra América se ha centrado siempre en el Gran Caribe, quizás por ser lo más cercano a su patio trasero. No en vano el historiador puertorriqueño Antonio Gaztambide-Géigel le dio a su más reciente libro el título *Tan lejos de Dios...* frase atribuida al presidente y dictador mexicano Porfirio Díaz, que se completa

con las palabras “y tan cerca de Estados Unidos”. En esta región el gobierno estadounidense ha experimentado primero una estrategia de dominación que combina la intervención armada con la manipulación política e ideológica mediática y la penetración económica, acciones todas ellas que disminuyen un tanto al desplazarse al sur del hemisferio. Mencionemos algunos ejemplos notables acaecidos en la segunda mitad del siglo xx, al calor de la Guerra Fría desatada al término de la Segunda Guerra Mundial: en 1954 el derrocamiento del gobierno constitucional del presidente Jacobo Arbenz en Guatemala por tropas armadas y entrenadas por la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés); en 1961 el intento frustrado de frenar la Revolución Cubana mediante el desembarco en Playa Girón de tropas armadas y entrenadas igualmente por la CIA, y el ulterior bloqueo económico y político de la Isla, vigente hasta la fecha; en 1965 la ocupación de Santo Domingo por los *marines* para aplastar el movimiento popular encabezado por el coronel Francisco Caamaño; y en 1979 el combate a la Revolución Sandinista triunfante en Nicaragua —comprendido el entrenamiento y armado de las bandas contrarrevolucionarias en la vecina Honduras—, hasta lograr desplazarla del poder años más tarde por medio de elecciones.²⁶ A estos ejemplos habría que agregar el respaldo a la lucha antiguerrillera de los regímenes en turno en Guatemala y El Salvador en los años setenta y ochenta, así como a las dictaduras militares del Cono Sur —Operación Cóndor incluida— por esa misma época.

Fruto de la influencia de la Revolución Cubana y de la descolonización de las antiguas posesiones británicas y holandesas, en los años sesenta la región caribeña adquirió identidad distintiva y propia que caracteriza así como una renovada importancia geopolítica que terminaría de fundamentarse una década después —cuando la Guerra Fría no tenía visos de terminar— con la eclosión de la mencionada crisis centroamericana y el sandinismo. Entonces comenzó a hablarse de la América Latina y del Caribe como de una unidad en la diversidad y de la cuenca de los huracanes como Gran Caribe, al interponerse las definiciones hispánica y anglófona de la región.

²⁶ El Frente Sandinista de Liberación Nacional es derrotado en las urnas en febrero de 1990, en las que Violeta Chamorro es electa presidenta, apoyada por la Unión Nacional Opositora. En el 2006 el Frente Sandinista vuelve al poder, al triunfar en las elecciones celebradas ese año con su candidato Daniel Ortega Saavedra, quien hasta la fecha es presidente.

3. *Ecos de la modernidad*

HOY en día fenómenos tan complejos como la supervivencia e inserción de Cuba y su Revolución en el mundo unipolar, la sempiterna condición semicolonial de Puerto Rico, la postración reiterada y recurrente de Haití, el reciclaje de la Zona del Canal de Panamá —recuperada en 1999 por los panameños—, la violencia y el acoso de los que son presa cotidianamente Colombia, Venezuela y algunos otros países latinoamericanos, el resurgimiento de la insurgencia indígena en el sureste mexicano, las propuestas de integración económica para una adormilada Centroamérica, como el controvertido Plan Puebla-Panamá y la Iniciativa Mérida, con México, y el Tratado de Libre Comercio para la República Dominicana y Centro América (CAFTA, por sus siglas en inglés) con Estados Unidos, así como la pobreza, el desencanto y la marginación social que se abaten sobre grandes núcleos de su población, hacen del Gran Caribe un laboratorio de los cambios políticos, económicos y culturales que requiere Nuestra América para tener un desarrollo más justo y equilibrado.

Occidente domina todavía al mundo y toda otra cultura, por más antigua o militante que sea, no es más que una cultura periférica. La globalización avanza, impulsada por el expansionismo del capital transnacional, y el Estado-nación entra en crisis. Es la hora de los bloques de poder: Unión Europea, BRIC, Asia, África...

El debate en torno al bloque de América Latina y el Caribe está centrado en dos propuestas antagónicas principales, entre las cuales hay que elegir: consolidar el sistema y hacer negocios de cara al Primer Mundo, integrando las economías en algún modelo impulsado por Estados Unidos y los gobiernos latinoamericanos y caribeños más cercanos a su esfera de influencia, como fue el frustrado tratado Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y lo es ahora la recién creada Alianza del Pacífico;²⁷ o adoptar las políticas adecuadas para alcanzar lo más pronto posible un desarrollo más justo y equilibrado, a lo cual se ciñen más el Mercado Común del Sur (Mercosur) y la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (Alba), modelos en los que participan solamente países latinoamericanos y caribeños. Se considera también, desde luego, la experiencia de otros tratados comerciales existentes, bila-

²⁷ La Alianza del Pacífico es un bloque comercial conformado por cuatro países: Chile, Colombia, México y Perú. Fue constituida en Lima, en abril de 2011.

terales y multilaterales, como la Comunidad Andina y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que asocia a Estados Unidos, Canadá y México. Incluso las Cumbres Iberoamericanas, que animan España y Portugal desde su inicio, en 1992, ocupan un lugar en el debate. En un afán por deslindarse del poder hegemónico de Estados Unidos se han gestado en el sur del continente iniciativas como la Comunidad Sudamericana de Naciones (UNASUR), con todo lo que ello implica para el destino unitario de la patria grande. Pero faltaba dar el paso más trascendental.

Fue el 23 de febrero de 2010, en la Cumbre de la Unidad de América Latina y el Caribe celebrada en Playa del Carmen, México, cuando fue constituida finalmente la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) que agrupa a todos los países de la región.²⁸ En diciembre de 2011, esta organización celebró su Primera Cumbre en Caracas, en la que se realizó la constitución definitiva y la integración frente a la crisis económica.²⁹ El espíritu de Bolívar y de tantos otros de nuestros próceres anima la Declaración de Caracas, firmada por todos los presidentes y jefes de Estado latinoamericanos y caribeños que asistieron. Ahí se decide “poner en marcha la CELAC, como mecanismo representativo de concertación política, cooperación e integración de los Estados latinoamericanos y caribeños y como un espacio común que garantice la unidad e integración de nuestra región”.

Martí trazó el camino en palabras de sorprendente actualidad: “Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina... Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto”.³⁰ Y ese camino pasa necesariamente por el Gran Caribe, cuya diversidad y riqueza cultural se expresa entre otras cosas en el pluralismo y sincretismo lingüístico, etnológico, religioso y ambiental. Lugar de encuentro y mestizaje de múltiples culturas —las originarias indoamericanas, las europeas, las africanas, las asiáticas—, subyace aquí un cierto sentido de unidad, de identidad, al que han contribuido mucho las migraciones internas y externas,³¹ así como los

²⁸ La población total de los países integrados en la CELAC tonda los 590 millones de habitantes y el territorio una extensión de más de 20 millones de kilómetros cuadrados.

²⁹ La Segunda Cumbre se celebró en Chile en enero de 2013.

³⁰ José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, tomo 7, p. 325.

³¹ La principal causa actualmente es la económica, producto del subdesarrollo de la región. Y el principal destino es Estados Unidos, véanse Néstor García Canclini,

constantes intercambios. “Todos los caminos del mundo comen en nuestras manos”, escribió Saint-John Perse, el ilustre poeta de Guadalupe, Premio Nobel de Literatura en 1960.

BIBLIOGRAFÍA

- Aínsa, Fernando, *De la edad de oro a El Dorado: génesis del discurso utópico americano*, México, FCE, 1992.
- Arciniegas, Germán, *Biografía del Caribe*, Porrúa, México, 1983.
- Arrom, José Juan, *Estudios de lexicología antillana*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 2000.
- Britto García, Luis, *Demonios del mar: piratas y corsarios en Venezuela, 1528-1727*, Caracas, Fundación Francisco Herrera Luque, 1998.
- Caballero Pinzón, Silvestre, “El origen de la palabra Caribe”, *Cultura del Caribe (II): memoria del 2º Festival Internacional de Cultura del Caribe*, México, Conaculta, 1989.
- Castor, Suzy, “Haití: el significado histórico de la revolución de Saint Domingue”, *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América* (México), núm. 43 (enero-marzo de 2004).
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1989.
- Gaztambide-Géigel, Antonio, “Identidades internacionales y cooperación regional en el Caribe”, *Revista Mexicana del Caribe* (Universidad de Quintana Roo), año v, núm. 9 (2000).
- , “La invención del Caribe a partir de 1898 (las definiciones del Caribe, revisitadas)”, *Tierra Firme* (Caracas), vol. 21, núm. 82 (abril de 2003).
- González de Vega, Gerardo, *Mar brava: historias de corsarios, piratas y negreros españoles*, Barcelona, Ediciones B, 1999.
- Grafenstein Gareis, Johanna von, *Nueva España en el Circuncaribe, 1779-1808: revolución, competencia imperial y vínculos intercoloniales*, México, UNAM, 1997.
- Hanke, Lewis, *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, México, SEP/SETENTAS, 1974.
- Martí, José, *Correspondencia a Manuel Mercado*, La Habana/México, Centro de Estudios Martianos/DGE, 2001.
- Marx, Carlos, *El capital*, México, FCE, 1972, tomo I.
- Moro, Tomás, *Utopía* (1516), México, Porrúa, 1981.
- Moya Pons, Frank, *Historia del Caribe*, Santo Domingo, Ferilibro, 2008.
- Peixoto, Afrânio, *Pequeña historia de las Américas*, México, Botas, 1946.

Culturas híbridas, México, Grijalbo, 1989; y George Yúdice, *El recurso de la cultura*, Barcelona, Gedisa, 2002.

- Pérez Brignoli, Héctor, *Breve historia de Centroamérica*, México, Alianza, 1986.
- Pierre-Charles, Gérard, *El Caribe contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1987.
- Pino Santos, Óscar, “Centenario de la República: 1902-2002”, *Contra corriente* (La Habana), núm. 19 (enero-febrero de 2002).
- Reyes, Alfonso, “El presagio de América”, en *Antología de Alfonso Reyes*, José Luis Martínez, pról. y sel., México, Costa-Amic, 1965.
- Vargas Martínez, Gustavo, *América en un mapa de 1489*, México, Taller Abierto SCL, 1996.
- Wassermann, Jakob, *Cristóbal Colón*, México, Losada, 1938.
- Yúdice, George, *El recurso de la cultura*, Barcelona, Gedisa, 2002.
- Zavala, Silvio, *Filosofía de la conquista*, México, FCE, 1947.

RESUMEN

Se analiza la proyección del Gran Caribe a partir de su propia historia y se hace una somera caracterización de la cuenca de los huracanes, su devenir, sus condiciones físico-geográficas y las formas de vida que en ella se recrean. Entre estas últimas destacan el pluralismo y sincretismo lingüístico, etnológico y ambiental. Se expone asimismo la enorme riqueza cultural de la que esta región siempre ha estado dotada y cuya proyección es universal. Se refieren las iniciativas surgidas para propiciar la liberación, integración y unidad de sus pueblos.

Palabras clave: Caribe historia, colonialismo América Latina, sincretismo Gran Caribe.

ABSTRACT

In this article, the author analyzes the image of the Great Caribbean, departing from its own history, and briefly characterizes the hurricane basin, its transformation, geographical and physical state, and the ways of life that are recreated in it. Among the latter stand out linguistic, ethnological, and environmental pluralism and syncretism. The everlasting, enormous cultural richness of the region, known worldwide, is highlighted. The author recounts the initiatives that emerged to foster the liberation, integration, and unity among its countries.

Key words: Caribbean history, colonialism Latin America, syncretism Great Caribbean.